



Dramaturgia y memoria*

PATRICIA ARAYA N.
DRAMATURGA

I. Estamos hablando aquí de la memoria como una variable que cruza al arte teatral. Y la memoria es la diosa escurridiza de los recuerdos, la que tiene la misión de guardar, archivar y acumular los residuos verbales, sensibles, inconscientes e imaginativos del hombre. Pero ella huye, veloz, por las arenas.

Pues bien, yo recuerdo a Aristófanes ahora. Y no sé exactamente por qué lo recordé a él y no a Sófocles o a Calderón de la Barca. Y recuerdo una obra de Aristófanes, **Las nubes**. De pronto me doy cuenta de que ese griego, escritor de comedias del siglo V antes de Cristo, fue uno de los que influyeron para que Sócrates fuera acusado y sentenciado. Había descrito al filósofo en su comedia, sentado en las nubes y hablando de cosas demasiado etéreas. A partir de este hecho corroboramos que el arte teatral (drama o comedia) tiene poder, influye en la vida de los hombres y, en este caso particular, en la sociedad griega y en Sócrates.

¿Qué le pasaba a Aristófanes con las enseñanzas de Sócrates y por qué era objeto de burla en sus comedias? Algo quería guardar Aristófanes en la memoria de sus contemporáneos, algo que Sócrates estaba transgrediendo. Algo quería el dramaturgo, al poner en ridículo a Sócrates.

Así es el teatro, algo quieren los teatristas, algo quiere una dramaturga o un dramaturgo, un director o directora, algo quiere un actor, una actriz y al final algo quiere el público.

Me pregunto, ¿queremos sólo recordar a través del teatro? ¿Archivar en esta o aquella obra, un pedazo de nuestro ser chileno, humano o latino? Tal vez. Pero un arte no se agota en una sola obsesión.

Sí, queremos la memoria, claro. Pero la memoria de algo, por algo y especialmente, para algo.

Vayamos hasta nuestros días, donde vemos cómo resurge la actividad teatral, con festivales, escuelas, puestas en escena. Y una gran cantidad de jóvenes están atraídos por este acontecer. Me pregunto, ¿será que ellos quieren ser actores porque son hijos de la pantalla chica y ser actor es una profesión entretenida? ¿Habrán reflexionado en lo que significa hacer teatro que, como todos los oficios, tiene algo trascendente?. Lanzo estas preguntas a los estudiantes de teatro para escuchar como respuesta las palabras de Eugenio Dittborn; él dice: *El arte del teatro no se sabe, se practica, se siente, se vive. El arte del teatro es una profesión de la vida, se profesa la vida en el teatro, no es una cosa separada de la persona*. Y, puesto que es así, no ocupa sólo la mente del hombre sino el cuerpo, la sensibilidad, la imaginación, el concepto de mundo y lo invade todo. Es su historia, su memoria y la de los otros.

Si no fuera así, hubiera dado lo mismo lo que escribiera Aristófanes. El teatro narra al hombre vivo y lo presenta en un escenario para algo.

¿Y por qué quiere el hombre acordarse de sí mismo? Seguramente porque le es inherente, así se reconoce en el tiempo, en el presente, pasado y futuro.

*Ponencia presentada en el Quinto Encuentro Teatral del Depto. de Artes Visuales, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso.

Pero el pasado parece ser el elemento más catalizador en el teatro. Es así que para crear o escribir una obra de teatro, observamos, investigamos y recordamos. En efecto, la observación y la investigación son motivadas y luego atravesadas por los recuerdos del sujeto que concibe y escribe una obra de teatro, o una novela, o una poesía. Toda creación está sostenida en un sujeto que ha vivido, entendiendo por vivir el estar atento, despierto, expuesto, inteligente y sensiblemente, a la experiencia de vivir, de modo que nada deje de ser importante como material poético. Inmersos en el cambio continuo y esencial de la vida. Y es este sujeto el que escribe una obra de teatro, aparentemente, en un caos. Y, en esas condiciones, se encuentra impulsado a escribir, porque en él *resuenan las cosas* y pugnan por salir a través de la palabra que es el sonido creador por excelencia. Pero este sujeto, no satisfecho con escribir, además, obliga a la representación del texto en un escenario e invita a otros semejantes a confabularse con él en este juego. Una cosa extraña es esto del teatro y la memoria.

Por ello es importante, al tratar el tema de la memoria, cuestionarnos si el teatro representa más o menos memoria objetiva o subjetiva. Personalmente, creo que la memoria de dramaturga me obliga a hacer un ejercicio muy íntimo, muy subjetivo y muy caótico.

Cuando emerge una palabra y luego una frase y luego un monólogo y esto se va pareciendo a una obra, yo sé que todo ello viene de alguna parte. Y por alguna razón. Pero el impulso es casi inconsciente, elemental, emotivo e intuitivo.

Pues bien, por mucho que uno se aplique en una introspección o se busque en la raíz mestiza, en la herencia del lenguaje, en la semántica y en el etcétera, lo esencial que origina una obra no es sólo la memoria o por la memoria. Sino que es algo más allá que, poéticamente, quiere narrar la existencia humana, así como es visto y vivido por seres humanos. Y de ese modo, la obra se esconde y se repite con sus

símbolos y sus obsesiones una y otra vez en distintos textos, como con distintos rostros.

Pienso que todas las obras de un autor dicen y ocultan. Que hay un discurso único en todas ellas que las une, tal vez incluso oculto al autor. La obra quiere memoria de algo, pero también quiere olvido. El autor nunca sabe todo acerca de ella, ni de sí mismo, sino que

**La tierra anterior, de Patricia Araya.
Dirección: Claudia Echenique, 1999.**



hay un develar que ocurre casi como un enfrentamiento. La obra y el autor se oponen por necesidad, aunque ella lo contenga. Ella es herencia.

Entonces, la memoria del sujeto que escribe una obra de teatro tiene no sólo un deseo imperioso de salir, de enfrentarse y mostrarse, sino que, a su vez, está atravesada por cierta responsabilidad. Pero, ¿de qué me puedo responsabilizar yo como creadora de una obra que quiere plasmar algo en la memoria de los otros? Si para ser conscientemente responsable tengo que saber qué estoy contando y cuán honesta es la relación entre mi yo creador y la obra.

En consecuencia, no es gratuito elegir el teatro como expresión. No es gratuito escribir, porque todo lo que escribimos es el resultado de una afección muy particular, muy personal, e insisto muy caótica. Y, aún así, queremos hacer partícipes de nuestra obra a los otros. Queremos que les pase algo al verla y al oírla,

que les conmueva.

¿De qué memoria hablamos? ¿De la memoria a largo plazo, de la memoria a corto plazo, de la memoria sensible, de la íntima, de la memoria social, de la memoria mítica, de la memoria genética? De todas. ¿Y cuánto de esas memorias es representable? Podría ser que esto del teatro fuera una absurda necesidad de parodias de nosotros mismos. ¿Pero, con qué fin?

Si aquello que escribimos también pertenece a los otros y es para los otros. Ellos tienen que reconocerse como en un espejo (eso dijo Shakespeare). ¿Qué espejo somos las dramaturgas y los dramaturgos de estos tiempos que corren y por qué queremos ser espejos? ¿Y con qué derecho?

Tengo demasiadas preguntas y no tantas respuestas. Eso es bueno, porque así estaré movida a responder, aunque espero no llegar a responderlas todas...

La tierra anterior, de Patricia Araya. Teatro La Magdalena. Dirección: Claudia Echenique, 1999.

